

LO ÚLTIMO ES LO ÚNICO

Antonio López Eire fue mi profesor y acabó siendo mi amigo. Entre una cosa y otra pasaron casi dos décadas en las que fuimos —voy a usar con largueza la noble palabra latina— colegas en el mismo departamento. Es más, durante algunos años fuimos colegas casi como los cónsules romanos, porque impartíamos conjuntamente las asignaturas de Poética y de Retórica Grecolatinas. Como pasa siempre con los cambios humanos, es más fácil precisar dónde se produjeron que cuándo tuvieron lugar. Solo sé que en algún momento de esas dos décadas me invitó a que dejara de llamarlo don Antonio.

Cuando nos dio clase —de textos griegos y de lingüística griega— éramos muchos alumnos en filología clásica, más de un centenar en las asignaturas troncales. No había día en que no mantuviera en vilo nuestra atención. Tomaba aire antes de empezar. Hablaba solemne, digno, rayando la majestad que nuestros días han perdido. Daba la impresión de que se trataba de un orador ático que se dirigiese al pueblo soberano reunido en asamblea. Otras veces era un rapsoda con todo el vigor de los tiempos arcaicos. Por eso literalmente se inspiraba. Incluso cuando explicaba lingüística. Eso no le impedía ser el más moderno en sus planteamientos. Como correspondía a un investigador impecable, con reconocimiento internacional, sus bibliografías merecían el adjetivo de cosmopolitas, por verdaderas (no olvidemos que entonces no había internet). Sin embargo, el material de trabajo cabía en dos folios manuscritos que nos repartió fotocopiados. Estaban en griego con su letra —que también al escribir en griego se refleja el temperamento irrepetible—, en caracteres mínimos y líneas muy apretadas. Nada más. “Aquí está

todo”, dijo desafiante el primer día. Ni máquina de escribir, ni ordenador, ni televisión, ni las efímeras presentaciones que ha traído el *power point*. Papel y palabras. Ahora comprendo que había presentido el exceso que se avecinaba. Era un maestro también con las nuevas tecnologías, pero deliberadamente nos invitó a quedarnos cerca de los que escribieron a mano. Daba la talla de los mejores filólogos que le precedieron, desde los contemporáneos de Alejandro hasta los más notables del siglo XX, sin perder de vista a los que disfrutaron del equilibrio renacentista.

Hablaba con admiración de su maestro Ruipérez y de otros grandes, algo que mostraba que él también lo era. Nos recitaba a Homero. Unas veces en griego. Otras en su propia traducción, hecha de endecasílabos tan memorables como los hexámetros del aquel ciego que para nosotros era un poeta único. Así pudimos escuchar cómo resonaban en el aula los pasos poderosos de Paris sobre la tierra de Troya, comparable al corcel que en el establo

destroza de un tirón sus ataduras
y al galope recorre la llanura,
el suelo con sus cascos golpeando,
a bañarse habituado en las corrientes
de las aguas hermosas de algún río,
y orgulloso de sí yergue su cuello.

Escuchamos los versos de Homero en los versos de nuestro profesor. Ninguno de sus alumnos teme usar el término entusiasmo, porque ese tecnicismo platónico de tan alto vuelo describe perfectamente la pasión que Antonio ponía en el intelecto.

Dedico esta línea a elogiar su generosidad. No todos los acontecimientos humanos deben ser enumerados. Basta un detalle. Una vez le presenté a un poeta joven y tímido, Christian Law Palacín, que pasaba ese curso entre nosotros. El prestigioso helenista estrechó la mano del estudiante desconocido diciéndole: “Es un honor”.

Me gusta recordar a Antonio en una tarde de primavera de 2007. Me habían invitado a una conferencia en el Colegio de Médicos, por sugerencia suya. Puesto que él iba a estar entre el público, preparé mis palabras como si se tratara de un examen. Hablé de felicidad y literatura, en torno al *makarismós*, ese tópico literario que pone la felicidad en su sitio, que siempre parece otro distinto del nuestro. “Feliz el que puede cumplir un día sin lágrimas”, cantó Alcmán. En la cena estuvo alegre, divertido y ameno, como corresponde a un humanista cumplido. Después me acompañó a casa, junto a Ángel Marcos de Dios, para traer el jamón ibérico que los médicos me habían regalado, casi como un trueque propio de las épocas poéticas que nos gustaban, cuando no había dinero.

También quiero recordarlo en una mañana de invierno. Nuestro trato cada vez más cercano me permitía acercarme a su despacho a consultarle dudas. Empezaron siendo cuestiones de retórica o de poética. Acabaron siendo asuntos particulares, entre los que incluyo esas preocupaciones políticas que sentimos como cosas íntimas. Aquel día estaba pasando algo grave en la vida pública. Me sentía inquieto por la situación de España. Antes de ir a clase pasé a verlo. En su despacho reinaban —digámoslo con vocablos casi hesiódicos— la música y el caos. La suma era muy acogedora. Cajas de libros, folios, canciones inesperadas que se oían cuando uno ya estaba cerca de su puerta. Es verdad lo que afirma Marguerite Yourcenar, que todos necesitamos que nos tranquilicen. Guardo en mi corazón la respuesta sencilla de Antonio: “No te preocupes. No va a pasar nada”. Aquel día sentí que sus palabras eran las de un taumaturgo. Me quedé tranquilo, porque lo vi tranquilo.

En los últimos años había conquistado una serenidad nueva. Que trajo de la mano una sorprendente capacidad de comunicar ternura. Es famoso el correo electrónico en el nos participó el nacimiento del hijo de su hijo. Llevaba por título —en la casilla destinada al asunto— una sola palabra: “Nietecito”. Dentro, sólo una fotografía del recién nacido sonriente. Cabía en ese conciso mensaje la Bucólica IV de Virgilio, que, al anunciar la llegada de un niño mara-

viloso consiguió el más humano de los poemas grecolatinos. Ése era el punto que había alcanzado Antonio.

Ya no le afectaban las convenciones cada vez más grises que incomprensiblemente los académicos se imponen a sí mismos. La última reforma de los planes de estudios requería que elaborásemos programas nuevos para la retórica y la poética que compartíamos. Me hizo llegar la parte griega. Era una maravilla leer los párrafos que había insertado en las tediosas casillas de los cuestionarios. En principio esos espacios se rellenan con prosas nulas, destinadas a que burócratas del rectorado o del ministerio nunca las lean. Y, en caso de que las lean, a que no las entiendan. Pero él escribió, creo yo, pensando en alumnos de los años venideros, con el idealismo de los que no se dejan vencer. Definía así los contenidos de la educación griega: “son los únicos que favorecen el dulce don de la poesía y la aparición de la literatura”. Resonaban allí los encendidos discursos de Don Quijote. En otro apartado insertó una hermosa defensa de la libertad, como si el héroe de Cervantes se hubiese sentado a soñar unas nuevas artes liberales, antiguas y modernas, para educar a nuestros jóvenes. Puesto que ha acabado incluido en las guías académicas, cito literalmente el objetivo que nos propuso Antonio: “Ejercitar los valores democráticos de la libertad de palabra y de la creación poética como inspiración de la Musa pacífica y respetuosa de poetas y poetisas (pensemos en Safo) en plena libertad sentimental.”

Era la cultura más noble enunciada con naturalidad. El milagro griego. El sentimiento al lado de las abstracciones. Los tiempos no corren por ahí, pero él ya era ya libre. Caminaba en sentido contrario, hacia la Antigüedad. Por eso el destello, casi invisible, de su melancolía. Su valentía intelectual debe ser ejemplo para todos nosotros. A raíz de aquello le envié un correo electrónico, en junio de 2008, justo antes de las vacaciones. Puse como asunto del mensaje la palabra “Belleza”. Son las últimas palabras que le escribí:

“Antonio, me han mandado la ficha de Retórica y Poética, para que añadiese la parte romana y la formalizase definiti-

vamente según los requisitos burocráticos. Al final, los párrafos más bellos, misteriosos y poéticos son los tuyos... Desvelan la verdad. Al lector de poesía y al poeta que eres.”

Eso último que le dije es lo único que he querido decir aquí. Que él, cuyo destino fue custodiar la obra de los poetas griegos, era un poeta griego.

Juan Antonio González Iglesias